

vecha al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma?», meditada en el *Flos Sanctorum* y en *La Vida de Cristo*.

El maestro Francisco ya no descansa. Pide luz, amor, inspiración; ¡gracia!, en una palabra. En el verano de 1533, Francisco Javier de Jasó y Azpilcueta ha ganado la batalla, es ya el más humilde discípulo de Ignacio, quien le dirige los «Ejercicios».

\* \* \*

Ignacio le llama un día: «Bien sabes, hermano Francisco, que dos de nosotros han de pasar a la India por orden del Papa». Y su respuesta tajante, alegre, deseosa, es bien expresiva: «*Heme aquí, Padre, aparejado estoy*». (Mon. Xav. II, 831.)

Francisco Javier, de rodillas ante Paulo III, le pide su bendición. En una mesita está el Breve pontificio que le acreditará como legado papal «en las tierras del mar Rojo, del Pérsico y de Oceanía, a uno y otro lado del Ganges». Javier, español y navarro, jesuita, misionero, discípulo predilecto de Cristo, intelectual y ecuménico, va a realizar, por sublime inspiración divina, la tarea difícil, peligrosa, agotadora, de llevar la fe de Cristo a las almas sedientas de amor y de verdad. Allí, en Goa, en el Japón, en Malaca..., ganará la vida eterna y encontrará alegre y cristianamente la muerte de su cuerpo agotado. Con su entrega absoluta y fecunda lle-

gará también a las tierras lejanas de Oriente el espíritu inmortal de la vieja España.

En este inefable peregrinar misionero Javier nos dará ejemplo constante, no sólo de ser hijo fidelísimo de Cristo, sino de gobernante modelo y clarividente.

El maestro Francisco cae enfermo, yace sobre una estera en Sancián, tiritando de frío y protegido únicamente por una manta. Hay algo celestial en sus facciones. Brilla el sol en el Celeste Imperio, y, en el delirio de la fiebre, aparece el «junco» anhelado que le ha de llevar a Cantón, a treinta leguas. Aquel alma ciclópea muestra el crucifijo, y con él la fe, la libertad, el amor a los hombres que en la costa cercana permanecen sumidos en la noche triste de las tinieblas y del error. Por fin, el atleta infatigable de la fe exhala el último suspiro con el nombre de Jesús en los labios y, acaso, recordando aquel castillo lejano donde se formó su espíritu en el amor a Dios y a España. Eran las dos horas y media del 3 de diciembre de 1552.

En este cuarto centenario de su gloriosa muerte, la Patria le ha honrado, en su castillo de Javier, con el emocionado homenaje del pueblo y del Jefe del Estado. La juventud española se ha colocado bajo su santo patronazgo. El mundo evangelizado por él y esta católica tierra ibera han acudido en amorosa embajada a postrarse de rodillas en su sepulcro de Goa como ofrenda ardorosa al Apóstol de la Misiones y Patrono de la Propagación de la Fe.

